





Historia de dos mentiras





Eduardo Fernández

Historia de dos mentiras

Primera edición: octubre de 2016

©Publicación y comunicaciones Caudal, SL.

©Eduardo Fernández

ISBN: 978-84-16824-16-8

ISBN Digital: 978-84-16824-17-5

Depósito Legal: M-36798-2016

Editorial Adarve
Cea Bermudez, 14
28003 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

IMPRESO EN ESPAÑA - UNIÓN EUROPEA

Historia de dos mentiras está construida con personajes ficticios. Es mi deseo dedicarla a aquellas personas buenas que, cualquiera que fuera su procedencia, han peleado por defender su honestidad manteniéndose firmes ante la tentación de los perversos.



I

El sol surgía del horizonte entre nubes. Sus primeros destellos reflejaban sobre el mar el resplandor de la luz del alba. Le gustaba tanto verlo que era capaz de desterrar sus desvelos distraído con el ir y venir del agua. A diferencia de tantos otros, aquel día se mostraba más corajuda de lo normal.

Envuelto en la melodía de las olas, fue testigo de cómo se iba iluminando el aire y, abandonado a ello, no fue capaz de evitar que un espumoso golpe marino le empapara. Sentado sobre las rocas no era raro que ocurriera, por lo que, vencido su entusiasmo, se levantó y acudió a la caña de pescar que seguía en su sitio y sin mostrar señal alguna de conquista.

Aquella mañana no le acompañaba nadie y, en esa soledad impregnada de aromas y colores, encontraba algo de paz antes de enfrentarse a una nueva jornada que le daría lo que él pudiera conseguir.

Preparó de nuevo los aparejos con la poca habilidad que tenía para esas cosas usando, de carnada, unos trozos de sardina en sal que, como algunas otras veces, parecía suficiente para que se enganchara algún pez más perdido que él mismo. Dejó la caña apoyada en unas rocas mientras devolvía la mirada al resplandor de aquel amanecer.

Después de cada lanzada solo quedaba esperar y echar una ojeada de vez en cuando al balanceo del sedal. En ese ambiente se relajaba permitiéndose vagar por la nube de sus dudas.

La caña gozó de varios intentos sin mucho éxito. No importaba demasiado mientras, allí, ni nada, ni nadie, le pidiera cuentas.

Conforme los caminos brillantes del alba se señalaban frente a él, caído en el hechizo de las luces, apenas si prestaba cuidado a los vaivenes de la caña, intentando interpretar las señales del más fiel de sus aliados,

el mar, al que siempre terminaba buscando. Aquel lugar le liberaba y le ayudaba a darse un respiro reconociendo sus límites fuera del endemoniado movimiento de la vida cotidiana.

Un tirón le pidió atención casi por casualidad. Se acercó y tomó la caña con fuerza recogiendo el carrete mientras tiraba de ella. Efectivamente, parecía que algo se había enganchado. Jugó con la fuerza del mar y consiguió tirar lo suficiente como para creer que aquella vez había acertado. Tras unos segundos de repliegue vio por fin que un pez coleteaba al final del hilo. Era un sargo, de los que gusta coger, pero pequeño, con lo que, siendo fiel a sus normas, lo devolvió al agua. Puso nuevo cebo y lanzó con la misma poca habilidad. El aparejo cayó tan cerca que volvió a recuperar el hilo. Lo intentó de nuevo. Esta vez sí. Satisfecho con el lanzamiento, volvió a colocarla entre las rocas y la dejó a su aire mientras él iba al suyo. La brisa, la luz de la mañana y el sosiego, le llevaron a sentarse y a esperar tranquilo, mientras daba rienda suelta a sus pensamientos.

No tardó en doblarse, ¿otra vez?, se dijo gratamente sorprendido. La hora ya le daba su ultimátum. Lo que no pescara en esos momentos tendría que dejarlo para otra ocasión. Pareció acompañarle la suerte. Tomó la caña, recogió el carrete y otro pez peleaba por no querer seguir el impulso que le llevaba. En esta ocasión era una vidriada, la reconoció inmediatamente, de buen tamaño; al bote, se dijo. Y como tras ella hubo más, tuvo que poner sus sentidos para lograr pescar hasta cuatro. Es suficiente por hoy, pensó al coger la última pieza. Pero como estaba tan a gusto, no quiso abandonar el lugar y lanzó otra vez la caña, ya sin mayor pretensión.

La vida te regala sorpresas inesperadas si, como se dice, estás en el sitio adecuado a la hora que han de ocurrir. Y él se hallaba allí cuando, después de que pareciera que ya no pescaría más, tiró de la caña y se dobló enormemente para su asombro. Lejos de ser optimista, creyó que se habría enrocado. Pero en el arrastre le daba la impresión de que algo muy grande se había prendido al anzuelo. Tiró con fuerza y en principio no pudo conseguir vencerlo, lo que le convenció de su mala suerte. Siguió peleando y por fin logró rendirlo, rebobinando el carrete con facilidad. Por mucho que miraba, no veía señal de lucha. Fijó sus ojos en el sedal hasta observar lo que aparecía. La fuerza que tuvo que hacer

no se correspondía con aquella falta de pruebas. Ya muy cerca, se dio cuenta de que lo que se había enganchado no era ningún pez, ni siquiera, ningún trozo de plástico que a veces suele interferir en las ilusiones de los que pescan. Como el anzuelo era suficientemente fuerte había conseguido arrastrar una enorme bola de algas y suciedad. Lo observó con decepción y tiró hasta llegar a sus manos. Empezó a quitarlas del anzuelo y cuando terminó se dio cuenta de que donde estaba clavado era en una cartera.

Parecía de cuero y convenientemente cosida a pesar de lo ajado de su aspecto. Era de cierto grosor debido a la cantidad de documentos, tarjetas y billetes que contenía. La tomó y la abrió despejando la identidad de su dueño. Y bien se puede afirmar que quedó sorprendido.

Se recreó en la foto del carnet, y en sus detalles pudo observar que el tiempo había pasado, aunque conservaba buen aspecto.

La cerró y la guardó, allí había acabado su mañana de pesca. Recogió caña y aparejos y se marchó pensando que el destino había querido que mirara atrás en el tiempo.

Le llevaría el pescado a Claudia y a lo mejor podría compartir con ella algún momento divertido. Bastante más joven que él, siempre le dedicó su mejor sonrisa cuando iba a buscarla, quizás persiguiendo en su empeño algo que no terminaba de convencerle. Pero estando con ella gozaba de su placentera compañía, lo que venía a ser un contraste con las otras vertientes de su vida. Pensando en Claudia, hasta se le olvidó lo que llevaba en el bolsillo, aunque no le importó porque aquella mañana le apeteció verla y eso era lo más importante.

Claudia era una mujer de piel morena, buena figura y cabello largo, castaño, que le daba un aspecto casi salvaje. La espontaneidad de sus palabras y, sobre todo, de sus gestos, acrecentaban el poder del encanto que irradiaba, empezando por esos ojos claros que contrastaban con el tapiz cobrizo de su piel y unos labios enormemente sensuales que acariciaban las palabras cada vez que salían por su boca.

Vivía en una casa del barrio pesquero, cerca de la playa. Era un lugar poco cuidado, si bien ella le había puesto su sello adornándolo de geranios, hiedra y buganvilla para dar color a las paredes y frescura a su ambiente. De manera que a través de las estrechas callejuelas de olor desagradable parecía un milagro toparse, al doblar la última esquina,

con aquel curioso jardín que venía a embellecer el rincón que le gustaba llamar, «el escondite de Claudia».

Al aproximarse, abusando de su habilidad para silbar con tino, se prodigaba en la pita para que se le oyera. Disimulando su deseo, se presentaba allí con cierta vaguedad y mendaz actitud de imprevisión, porque si en aquel momento hubiera tenido que decir la verdad, se hubiera visto obligado a confesar que la pasión le consumía pensando en tenerla cerca. Mirando de soslayo la puerta de su casa, su corazón le latió con fuerza cuando la vio salir. Como si hubiera estado preparándose para él, apareció con flores en el pelo y un vestido de color azul que se ceñía a su precioso cuerpo para deleite de un Pedro ansioso.

Una delicada sonrisa le saludó como siempre mientras él apenas si podía contener el empuje de unos instintos que le pedían abrazarla y tomarla con el ardor que su entusiasmo le exigía.

—Te he oído llegar —le habló con ese tono amable que le era propio.

Y al oírla se deshizo su disimulo; no conseguía calmar sus ganas de acariciarla.

—¿Se ha ido tu madre? —quiso asegurarse de que estaba sola.

—Por supuesto, hace ya tiempo.

En ese momento, los ojos se le salían de las cuencas admirando la belleza que le arrebatava el coraje y le hacía sentirse como un desesperado animal.

Se le acercó y le puso la mano en la cintura invitándola a entrar tan rápido como pudiera mientras ella no se opuso y, cogiéndosela, marchó guiando sus pasos, segura de su apetito pero también respaldándolo.

El comedor, que hacía las veces de recibidor, les brindó la soledad que buscaban. Algunas cortinas se dejaban llevar por un ligero viento que, con las ventanas abiertas, permitía estar francamente bien. Hubiera dado igual, pues una vez echada la llave y dejado el pescado en el primer sitio que pudo, dejó arrastrarse por su ardor y tirando de su brazo la llevó a volverse y ante él, mostrar toda su hermosura, lo que hizo imposible que se contuviera por más tiempo. La besó y la abrazó casi con fiereza mientras ella se lo permitía llevándolo poco a poco y procurando de aquel apasionamiento que se hiciera largo y no fuera solamente el desfogue que el entusiasmo masculino pretende cuando se deja llevar por su tendencia.

Con sus caricias se calmó en contra de su deseo, entendiendo lo que pretendía. La vio separarse de él unos pasos y dejarse caer en la cama pegada a la ventana después de consentir que el vestido se deslizara sobre sus lascivas curvas y se mostrara desnuda para su propia locura.

Sin poderse manejar, fue quitándose la ropa con precipitación, ansioso por acercarse y tomar tan voluptuoso cuerpo. Cayó sobre ella con brío irrefrenable mientras era respondido con la ternura de sus manos sensuales incitándole a besarla, abrazarla y recorrerla en todo su poderío. El ardor le llevó a aquellos pechos tersos y grandes que daban a su lujuria razones para gozar. Y siguiendo su apetito, llegó después a las ansiadas nalgas, apretándolas con fuerza. Su cuerpo, incapaz de refrenarse, pedía todo lo que se le pudiera dar y, por ese camino, encontró allá donde pudo procurar solaz a todos los empujes de su sexo. Los afanes de los dos acabaron fundiéndose en la hoguera de una pasión incontenible.

El aire de aquella casa se había llenado de pura complacencia y el disfrute de dos almas perdidas la habían vuelto a convertir en el santuario de sus deseos. Todo fue como ellos quisieron y, así, nada podía importar más.

Pero la vida seguía su curso y unos golpes sobre la puerta les vinieron a recordárselo.

—Claudia, Claudia —decía con agitación una voz femenina que identificaron inmediatamente.

—Es María —dijo incorporándose con precipitación mientras volvía a oír los golpes y la voz de su amiga obligando a levantarse a él también y procurarse ropa temiendo que en cualquier momento pudiera entrar.

Se acercó a la puerta tras cubrirse convenientemente y la abrió lo suficiente como para que se vieran.

—¿Qué pasa?

—Que tu madre viene a la casa y no debe estar muy lejos.

Como no la esperaba hasta después, aquello supuso una verdadera sorpresa. La había pillado y justo con quién no quería que la viera.

Cerró la puerta inmediatamente y procuró disimular lo que había sido.

—Rápido, vístete y coge el pescado, como si fuera lo único que me has traído. Viene mi madre.

—¡La hostial! —se le escapó mientras intentaba arreglar la cama y darse aspecto de natural tranquilo.

Se levantó y cogió el cubo del pescado como si estuviera recién llegado. La había visto alguna vez y, sabiendo de su falta de simpatía, la evitó siempre. Le daba la impresión de que en esta ocasión la iba a conocer de cerca.

Claudia terminó de arreglar la cama y de vestirse y no le dio tiempo a más porque la puerta volvió a sonar.

—¡Mamá!, ¿qué haces aquí tan pronto? —la recibió con lo primero que le salió.

La madre, de carácter arisco, le echó una mirada sin decir nada y, ¡cómo no!, la torció enseguida hacia aquel hombre que conocía pero que no le gustaba.

— Qué tal señora —dijo por saludarla.

—¿Qué hacéis aquí los dos? —pronunció con tanta brusquedad que los dejó sin palabras.

A pesar de ello, no tardó en responder, y sabiendo quién era su madre, tenía preparada una respuesta que tampoco había calibrado mucho.

—Pues que Pedro me ha traído pescado y estábamos tratando si nos hacía apaño. La verdad —dijo ya por extenderse y sacar la conversación de aquella desconfianza— es que es un buen rancho de vidriadas y algún sargo.

La madre se acercó al cubo y pudo comprobar que lo que decía era verdad. Como se daba de buena cocinera, de inmediato le surgió la idea de prepararlos. Pero eso no le desvió de la suspicacia de verlos a los dos.

—Con la puerta cerrada, no es bueno que estéis aquí; la gente puede hablar y a mí no me gusta —les dijo con el ahínco de querer dejar las cosas claras y echarles el sermón que no quería guardarse.

La actitud de la madre empezó a enturbiar la serenidad de Pedro, que, pensando en no sobrepasar los límites de la educación, le indujo a pronunciarse por aquello de no dejar que nadie le nublara su postura.

—Señora, me va usted a perdonar, pero ya somos adultos. Si su hija le ha dicho que he venido a traer pescado, por mucho que los demás piensen lo contrario, le puedo asegurar que ha sido así. Y en todo caso, como adultos, podemos administrar nuestros tiempos como se nos antoje, ¿no le parece?

La madre, de mucho genio, se volvió hacia él con talante desdeñoso, preservando su dominio por encima de todo.

—Si has venido a traer pescado, ya lo has hecho, puedes irte —le dijo abriéndole la puerta con coraje.

—Mamá, no seas así. Es amigo mío y no merece ese trato que le das —intermedió la joven.

—Tú calla, que ésta es nuestra casa —confirmó la madre.

A lo que, viendo por donde derivaban las intenciones y harto de tenerlo que soportar, se encaminó a ella bajando la cabeza por dejar claro que no iba a pelear. Solo quiso despedirse.

—Señora, aquí me tiene para lo que desee, mi nombre es Pedro Agulló.

Y se marchó dando el portazo que aquella circunstancia requería.

Saliendo de allí, subió las escaleras que daban a la calle del Raval y se perdió por el laberinto que serpenteaba a las faldas del castillo. Aquel barrio lo conocía bien, no en balde llevaba viviendo allí muchos años. Siempre le ayudó a moverse con seguridad y siendo amigo de todos, había conseguido ser respetado, lo que no se puede conseguir en cualquier sitio. Su choza, como él la llamaba, no era sino un cuarto en el segundo piso de una casa que se sostenía a duras penas. Quedaba cerca, aunque en aquellos momentos no iría. Quería ver al bueno de Isidro para hablar de sus cosas. Sabía que no andaría muy lejos.

Saludando a unos y a otros, se acercó a la terraza que daba al mar, una plaza que se abría sobre una balconada despejada por encima de las casas. Desde ella se podía divisar el puerto, la playa y gran parte de la ciudad, la más castiza, la más bonita.

Cuando pudo quedarse solo, disfrutó de las vistas y en esa tranquilidad recordó lo que llevaba en el bolsillo. ¡Qué cosas tiene el destino!, se dijo y hasta en voz alta. Sacó un cigarro, lo prendió y, sobre la barandilla dejó escapar la memoria hacia aquellos otros momentos en los que empezaba a tratar en serio con la vida.

Jamás olvidó el esfuerzo de sus padres, su padre como agricultor, su madre, llevando la casa, el cuidado de los hijos y todas sus preocupaciones. La infancia la pasaron en el pueblo que nacieron y de ello mantenía una evocación feliz por tanta alegría como la que vivieron. Las montañas, el río, los paisajes de su tierra, los prendió de su alma toda la vida. Los amigos hechos desde los pocos años se fueron perdiendo a causa de unas circunstancias que hicieron imposible su deseo de mantenerlos. Sin tener demasiado, jamás les faltó de nada, lo que le enseñó a ser una

persona que valoraba la familia, la amistad y el cariño muy por encima del dinero, así lo aprendió y así lo llevó hasta que pudo. Cuando tuvieron que venir a la ciudad lo sintió de verdad; dejaba allí mucho de lo que quería. Se tuvo que conformar con la explicación de sus padres que supieron convencerles de que era lo mejor.

El golpe en la espalda que le dio su amigo le sacó de aquella tibieza en la que hacía tiempo que no penetraba.

—¿Dónde te pillo, Pedro? —le sorprendió obligándole a dar por concluido aquel momento tan íntimo.

—¡Qué tal Isidro! —se volvió con la mano por delante.

Cumplieron con el rito particular de su saludo y respetaron el primer silencio apoyados en la barandilla y mirando hacia el mar que los unía. Se dieron el respiro que siempre precedía a lo que tuvieran que tratar dejándose absorber por el sol de mediodía y el reto enigmático del propio horizonte.

—Esta vez se trata de armas —dijo por fin Isidro manteniendo la mirada perdida.

II

A las seis y media sonaba el despertador. Incluso adornado con una deliciosa pieza de Smetana, no dejaba de romperle el momento más plácido de su sueño. Se había acostado tarde, como casi todos los días, y a esas horas de la mañana hubiera preferido quedarse en la cama. Pero no era perezoso y como tampoco le importaba asumir sus obligaciones, nunca se lamentaba de empezar una nueva jornada. Procurando no despertar a su esposa y a los pequeños, se encerraba en el baño de la habitación e intentaba ir entonándose dando vueltas a los asuntos que le esperaban. En poco menos de media hora ya estaba dispuesto. Antes de salir de casa iba despidiéndose en silencio de todos, repartiendo besos con sigilo y andando casi de puntillas. Incluso con ese cuidado no siempre lo conseguía, no obstante aquel día los dejó dormidos y ninguno se dio cuenta de que se marchaba. Salió al porche y allí, como era habitual, ya le esperaba Ricardo, su chofer, con el coche preparado.

—Buenos días don Luis —le dijo mientras le abría la puerta trasera.

—Buenos días Ricardo —le contestaba dando ya buen trato a su teléfono repasando la agenda.

Los cuarenta y cinco minutos que tardaban en llegar se consumían normalmente en silencio trasteando su iPhone o efectuando alguna llamada que tenía que ver con lo que le esperaba en su despacho. Aquel día se presentaba muy cargado por lo que ya en el coche dio sus primeras instrucciones.

—Laura, voy a necesitar el informe trimestral de gestión. Yo salgo ahora, ¿estarás para cuando llegue? —Claro, ahora nos vemos.

Su equipo se ponía en marcha con él, así lo tenían establecido. Y eso significaba que la jornada empezaba a sus dictados. Como no era mal jefe, al margen de la autoridad, todos estaban a su disposición, Laura, que trabajaba a su lado desde hacía cuatro años, especialmente.

—Rafa, yo voy para allá. Pasaré a recoger unos papeles y nos vemos en la sala del comité, ¿cómo lo llevas tú? —volvía a llamar.

—Muy bien, allí nos vemos.

Con todo este movimiento, el trayecto se le hacía tan corto que cuando quiso darse cuenta el coche entraba en el aparcamiento central y Ricardo le volvía a abrir la puerta para facilitarle la salida.

—Que tenga un buen día don Luis —le dijo, atento como siempre.

—Gracias, ya te llamaré. Hoy tengo varios compromisos.

A esas horas, poca gente le veía. La excepción eran siempre los guardias de seguridad que le saludaban con la cortesía y deferencia que imponía su cargo. Sin parar de darle vueltas a los asuntos, creyó que era el primero en llegar. Subió a la sexta planta y se dirigió a su despacho. Abrió la puerta y allí estaba Laura. A pesar de los años que llevaban juntos, no paraba de sorprenderle su eficacia. Era para él un verdadero apoyo que hacía su trabajo más fácil. La vio especialmente hermosa y de no haber tenido que cumplir con los aprietos de su agenda, le hubiera gustado dedicarle algún momento tranquilo. Luciendo su acostumbrada sonrisa se puso delante de él con una carpetilla en la mano.

—Aquí lo tienes.

La miró y, recogidosela, le tomó la mano con delicadeza parándose ante ella con el despierto deseo que sentía cada vez que se encontraban a solas. Pero sabía que no podía perder tiempo ya que debía ver el informe antes de entrar en el comité. Ambos lo entendieron.

—Si no fuera por ti... —le dijo.

—No me digas eso, anda, date prisa y échale un vistazo. Si necesitas cualquier cosa pídemela, que ya tengo todo en marcha.

Se sentó en su despacho y, con apresuramiento, se puso a examinarlo pasando las hojas y consultando algunos datos que tenía sobre la mesa. Las cifras del trimestre no habían sido buenas, los capitales permanentes habían disminuido, el endeudamiento a corto y medio se había incrementado, menos fondo de maniobra y menos beneficios. Eso constituía una parte del contenido que habrían de discutir. Según lo que veía, la reunión iba a ser complicada.

El tiempo pasó lo suficientemente rápido como para sorprenderse cuando vio que la hora se le echaba encima. Como quería ser de los primeros y charlar algo con Rafael, director general a la par que amigo,

habiendo fijado sus criterios sobre aquellas consultas rápidas que ya conocía pero que le interesó recordar, tomó la carpetilla con los papeles que iba a necesitar y salió de su despacho preparado para enfrentarse a los problemas que debiera tratar.

—Laura, me voy, hablamos luego —le dijo con una sonrisa de entendimiento que no podía eludir cuando la veía.

—No te preocupes, que vaya todo bien.

Le rozó el hombro asintiendo y se marchó decidido. La reunión se solía hacer en el piso de arriba. Se fue hacia las escaleras y no esperó el ascensor permitiéndose subir los escalones con ciertas muestras de agilidad.

Cuando entró en la sala, se encontró con Rafael disponiéndose a tomar el café que le había traído el ordenanza.

—Buenos días Rafa, te me has adelantado.

Estrecharon las manos siguiendo la fórmula habitual y pidió otro café. No había llegado todavía nadie más, con lo que aprovecharon para charlar sobre los contenidos que luego se someterían a discusión.

—Mal vamos Luis, hemos de corregir esa deficiente tendencia que se ha iniciado con el año —le dijo Rafael.

—Por supuesto, no te quepa la menor duda de que lo haremos. Me preocupa ahora el proyecto que nos quiere imponer el alcalde.

Ambos conocían que en aquella reunión se iban a tocar temas importantes para el futuro de la Entidad. El inevitable sometimiento a los poderes políticos ya les había causado muchos problemas, sin embargo, hasta ese momento, los supieron controlar. La cuestión era que cada vez se les pedía mayor esfuerzo ya que ellos eran los que tendrían que dar el dinero, y eso, salvando las dificultades de un mercado que se volvía exigente, les llevaba a plantearse formas de evitarlo o, si no, de negociar. En ello les iba su propio cargo, su evidente poder y su estatus. Allí se iban a reunir con gente que conocían bien, algunos, buenos profesionales, otros, muy llevados de la ambición que les permitía su estrecha relación con las autoridades municipales. Para aquella ocasión había sido convocado el director de Asuntos Externos, personaje que debía su puesto a los políticos que allí lo querían para obtener todo lo que amparara grandes éxitos populares y algunas medallas para el futuro. Los dos sabían que iba a ser difícil tratar con él, y, también que, aun así, deberían consensuar algún tipo de acuerdo si no querían quedar en contra.

—Sí, a mí también. Ya veremos cómo sale el tema —le respondió poco antes de que fueran saludados por el director financiero, el interventor general, el director de Recursos Humanos y el director de Auditoría de Cuentas, que en aquel momento se incorporaban a la sala.

Intercambiaron cortesías mientras los que llegaban tomaban también un café. Todos de pie se permitían hablar de intrascendencias antes de entrar en lo sustancial. Como en anteriores ocasiones, Juan Mernot sería el último en aparecer, importándole poco el respeto al horario y a los que tenían que soportarlo.

Asumiéndolo con paciencia, aunque también con interés, siguieron con sus cafés, introduciendo de vez en cuando alguno de los temas a tratar.

—¿Has preparado el estudio de la inversión que nos pide el Ayuntamiento? —le preguntó Rafael al director financiero.

—Sí, lo he hecho. La verdad es que es preocupante desde el punto de vista de la viabilidad del proyecto...

—Bueno, bueno —le atajó—, habrá que verlo con detenimiento. Luego lo hablaremos.

—¿Qué me dices de la evolución de las cifras en el ejercicio? —le preguntó entonces al interventor general.

—Que hemos tenido un ligero descenso provocado, según mi criterio, por los movimientos de un mercado que se está volviendo «espeso».

Sonrió Rafael ante la forma de definir el problema y le respondió por no dejar las palabras en el aire.

—Así parece, pero hay que tomar medidas. Luego lo vemos.

En ese momento hizo acto de presencia Juan Mernot, don Juan, como le llamaban los que le perseguían por razones de codicia. Había pasado ya una media hora y, a pesar de ello, su entrada fue la de siempre, sonrisa ladina, actitud arrogante y la seguridad de que antes de que hablara, iban a ser los demás los que le saludaran. Efectivamente, conocía bien, al menos, a algunos de los que se iban a sentar a su lado.

—Buenos días don Juan —fue el primero el director de Recursos Humanos, el más joven.

—Buenos días don Juan —le siguió al no haberlo podido evitar el director de Auditoría de Cuentas, muy vinculado personalmente a él desde hacía tiempo.

El resto se limitó a ser educado. Rafael, también.

—¿Cómo estás? —le dedicó por toda cortesía.

Sin contestar, fue a ocupar su puesto obligando a los demás a hacer lo mismo.

Unas primeras palabras de Rafael daban a la reunión la señal de comienzo.

—Buenos días a todos. Hoy tenemos por delante asuntos de importancia que nos han de llevar a decisiones de valor para nuestra empresa. Ya estamos todos —luego miró a Luis—, de acuerdo con el orden del día, empecemos a tratarlos. Bueno será que nos atengamos a él.

Era el turno de Luis.

—Señores, como ya conocen, la primera de las cuestiones que hemos de discutir es la cuenta de resultados. En lo que llevamos de ejercicio...

No le dejó proseguir y con sus modos groseros le interrumpió sin que mostrara ningún mínimo respeto.

—Me parece importante la cuenta de resultados, pero, estaréis conmigo en que el futuro es lo que cuenta y en ese futuro no se presenta mejor proyecto que el que nos propone nuestro alcalde. Somos afortunados de haber sido elegidos para llevarlo a cabo, porque poco ha faltado para tomar la decisión de presentarlo a la competencia, lo que nos habría hecho un daño irreparable por no hablar de los efectos sobre nuestra imagen en la población. Nuestro trabajo nos ha costado, pero lo tenemos encima de la mesa y eso es lo primero que hemos de resolver sin ninguna duda.

Todos quedaron sorprendidos y callados, al menos, durante unos segundos, los que Luis se tomó para responder a la interrupción sufrida.

—Señor Mernot, como habrá visto en el orden del día, ése es un tema del que hablaremos en su momento, pero no el primero. Yo le pido que lo respete.

—Vamos Luis, déjate de mojigaterías y vayamos a lo importante.

—¿Acaso no cree importante el deterioro de nuestra cuenta de resultados?

—Eso es cuestión de cifras y momentos. Este negocio funciona sin tanto miramiento, esa es nuestra suerte. En todo caso, un proyecto de tantos millones no hará otra cosa que engrosar nuestros beneficios, ¿o no?

La discusión estaba llegando a unos niveles que a Rafael no le convenían, por lo que tomó la decisión de intervenir.

—Vamos a ver, no creo que debamos discutir sobre lo que es baladí, indicó dejando perplejo a Luis que se sintió desolado ante Mernot.

En ese instante, por encima de quedar solo defendiendo lo que ambos habían dispuesto, le dolió la falta de apoyo de su amigo, algo que nunca hubiera esperado.

Rafael entendió el enfado de Luis cuando cruzaron sus miradas, no obstante quiso dar solución a aquel primer encontronazo consciente de que debían llegar a acuerdos evitando distanciamientos.

—Bueno, ¿qué os parece si consideramos el proyecto del Ayuntamiento en primer lugar? —extendió la pregunta a todos los presentes por no dejar el asunto prendido de su amigo Luis y dejando clara su dependencia.

Inmediatamente tomó la palabra el director de Recursos Humanos.

—Por mí, sí.

Casi sin dejarle terminar, ya que otra vez se le había adelantado, el director de Auditoría quiso expresar su opinión.

—Es el proyecto más interesante que se nos presenta para dar arreglo a nuestra cuenta de resultados.

Tanto el interventor general, como el director financiero, hicieron gesto de aceptación sin ningún ánimo. Luis, por el contrario, insistiendo en su postura, defendió sus argumentos.

—Se ha confeccionado un orden del día pensando en la importancia de los temas a considerar. Es mi posición que se respete.

Rafael lo miró con cierta irritación, pues en su terquedad veía una resistencia evitable y cierta ofuscación. Y sabiendo como pensaba, también conocía lo que debían recorrer en semejantes circunstancias. Como director general tuvo que tomar la determinación.

—Está bien, Luis. No creo que cause ningún problema cambiar el orden del día —dijo mirándolo—, así que procedamos a verlo en primer lugar.

La sonrisa de Mernot contrastaba con el enojo de Luis. No hubo oposición por su parte, de forma que todo siguió en la manera que Rafael quiso.

El proyecto que debían discutir y que todos conocían, era de calado. Preocupado únicamente por sus éxitos políticos, el alcalde apoyaba la

construcción de una exagerada promoción inmobiliaria sobre unos terrenos que ya tenía reservados. No teniendo problemas para elegir la empresa que se encargaría de llevarlo a cabo, el objetivo se centraba en obtener la financiación adecuada. Se trataba de la construcción de viviendas de lujo siguiendo los hoyos de un campo de golf en paraje cercano al mar donde además se incluiría un parque natural de considerables dimensiones que daría prestigio y divulgación a la zona. Utilizando a su leal servidor, Mernot, daba por hecho la obtención de los recursos necesarios en la Entidad. Con la suficiente publicidad y unos cuantos millones que provendrían de ella, se construiría un espacio diferente con casas de ensueño. El objetivo venía a ser, por supuesto, doble, pues si desde el punto de vista propagandístico se hablaba de lo primero, el propósito económico llevaba a lo segundo y éste, debía proporcionar muchos beneficios y no únicamente a la ciudad. Mernot lo exponía con la pasión desmedida de su codicia y lo defendía hábilmente para sus intereses.

—Permitidme hablar en primer lugar —se saltó todos los protocolos que por otra parte le importaban un pimiento.

Nadie dijo nada después de mirarlo, unos con más respeto que otros, excepto Rafael que, por su cargo, debía gobernar aquella reunión.

—Hable señor Mernot.

—Este proyecto nos engrandecerá como ninguno. Sé que los números andan con alguna dificultad este año y por eso mismo lo defiendo y apoyo pensando en nosotros y en el futuro de nuestra empresa.

Todo eso fue capaz de decir sin que nadie le creyera. Sin embargo solo algunos le sabían interpretar perfectamente, porque los lugares que ocupaban estaban en la mayor parte de los casos endeudados con sus propósitos y, en los que no, con los que lo compartían. Nadie se opuso.

—Vosotros tenéis las cifras, lo que nos queda por hacer es conseguir que este proyecto se convierta en realidad para que logremos mejorar. Si somos capaces de hacerlo bien, todos, . . . Digo todos nosotros, recibiremos la compensación adecuada. Decidme que sí y lo haré saber para ponernos en marcha.

Rafael miraba a Luis principalmente, pero también a los demás. Aquellos que no tenían claro el proyecto bajaban la cabeza, no fueron muchos, el resto elevó la mirada con satisfacción dando respaldo a su portavoz don Juan Mernot.

A partir de ahí tuvieron que debatir lo realmente escabroso y darle la forma adecuada para ser aprobado. Lo consiguieron después de muchas horas que les llevó la mañana entera. Y como lo lograron, acabaron en una de esas comidas de trabajo donde se disfruta de los parabienes de la riqueza prometida.

No fue cualquier lugar, el mejor restaurante de la ciudad, al que solo hubo que llamar para que les reservaran mesa y manjar.

Rafael dio por terminada la sesión de trabajo y todos se levantaron después de recoger los documentos. Quiso acercarse a Luis que no podía evitar sentirse algo contrariado, pero no pudo hacerlo porque en medio se le cruzó Mernot haciéndole indicación de querer hablar a solas.

—Espero que se defienda lo que hemos decidido adecuadamente —le largó con descaro y haciendo uso de lo que era su peculiar forma de ser.

—¿Acaso lo dudas? —le contestó.

—No, pero no quiero que nos perdamos en simplezas. Además quiero decirte que he quedado con Manolo Giró, (uno de los conocidos empresarios de la zona al que él nunca se hubiera referido con esa confianza), para ir a navegar después de comer. No ha podido venir al restaurante aunque se lo he propuesto, pero nos ha invitado a ir en su barco cuando terminemos.

—¿Nosotros?

—No, quiero que venga Luis también. No lo he visto muy convencido y siendo tan amigo tuyo, me gustaría que lo estuviera.

Rafael se quedó en silencio tras aquella proposición inesperada, pero no quiso dar lugar a ninguna traba.

—De acuerdo.

—Bien, nos veremos en el restaurante —se despidió.

Aguardó a Luis que, cabizbajo, venía con su cartera sin mezclarse en ninguna conversación.

—¿Vamos juntos?, me gustaría que habláramos.

—¡Cómo no! —le contestó sin convicción.

Dieron instrucciones para que prepararan los coches y allí se quedaron, tras dejar que los demás se les adelantaran.

—Sé lo que me vas a decir, pero no puedo soportar a ese Mernot, es superior a mis fuerzas. Ni me gusta su forma de hacer las cosas, ni me fío de él —explotó mostrando sus ganas de desahogo.

—Se te nota demasiado y eso no es bueno. No te olvides que representa a los políticos y, sin ellos, poco conseguiremos. Así son las cosas.

Lo escuchó y sintió deseos de responderle pero no lo hizo porque no estaba seguro de que fuera lo mejor hablar de lo que pensaba de verdad. Se conformó con oír las palabras de Rafa y, como siempre, dejarse vencer sin oposición, incluso a su pesar.

Era el momento de decírselo y, como tampoco andaban holgados de tiempo, lo aprovechó.

—Después de comer hemos sido invitados a navegar por don Manuel Giró.

Sorprendido, apenas si podía responder.

—¿Qué me dices?, ¿hemos..? —preguntó sabiendo quién era aquel hombre.

—Parece ser que Mernot lo ha pergeñado. Debe estar detrás de todo esto. Creo que ambos se llevan bastante bien. Ellos son afines y de la misma astucia... En fin, Mernot me ha pedido personalmente que vayas tú también, aun sabiendo que no estás muy de su lado.

Se volvió y apretó los labios y no supo qué pensar, se vio atrapado, aunque de alguna manera satisfecho porque su postura había causado algún impacto y eso le agradaba.

—Bien, pues iremos a navegar —contestó finalmente para satisfacción de Rafael.

No tardaron en confirmar que el coche estaba preparado y que los esperaban en el garaje por lo que, habiendo ya dado tiempo a hablar de lo que querían, bajaron al sótano entre alguna sonrisa y mucho orgullo.

Desde el centro de la ciudad, el chofer les llevó por el camino de la playa. Después de algunas palabras sin trascendencia, quedaron en silencio y Luis, con la cabeza llena de pensamientos que intentaba dirigir hacia lo conveniente, se dejó distraer por el mar.

Si algo tiene Alicante es una luz que puede ser disfrutada la mayor parte de los días. ¡A qué pocas nubes se les ocurre cubrir su cielo! Empezando por la playa, capaz de acoger la belleza de las palmeras, la arena blanca y el brillo del mar, uno se puede ver atraído por el horizonte y embrujado por los movimientos de las olas o por ese azul, a veces intenso, que devuelve a la voluntad sus esperanzas llenándola de vigor. Tras los cristales ahumados del coche es posible disfrutar del color de una

costa repleta de playas y calitas que dibujan el corazón alicantino con el cincel de las olas y atrapan los recuerdos de las gentes de la tierra. Algún velero que las surca, dibuja una estela blanca que contrasta con el azul del mar, las dos tonalidades que le son propias. Sobre ese camino, qué difícil era no conmoverse.

De esa manera, sin decir ni media, llegaron al restaurante, que les esperaba al lado del agua.

Fueron recibidos como siempre y acompañados hasta la mesa donde ya estaban el interventor general y el director financiero. Para hacer tiempo pidieron unas cervezas. Ni Mernot, ni los directores de Recursos Humanos y de Auditoría de cuentas, habían llegado.

Después de la reunión que habían mantenido venían los momentos de relajación. Por eso, todos aprovecharon para hablar de aquello que no servía sino para ser tratado sin esfuerzo. Fútbol, anécdotas y otras cuestiones fútiles que llenaban la mesa de risas y pequeñas distracciones. Y, aunque empezaba a fastidiar el retraso de los que todavía no habían llegado, nadie los mencionó, ya que tratándose de Mernot, estaban muy acostumbrados a que hiciera lo que le diera la real gana. Sobre los compañeros que faltaban, conociendo su excelente relación con él, interpretaban sin dudas que no se habrían separado de su lado.

Casi una hora tuvieron que esperar entre cervezas y aperitivos que sirvieron para calmarlos, sin embargo, viéndose ya molesto por la tardanza, cogió Rafael el teléfono pensando en llamarles cuando allí aparecieron. Mernot entraba primero con esa insolente sonrisa que acostumbraba.

—Creo que me habréis de disculpar, nos hemos entretenido —dijo por toda explicación.

—Creíamos que os habíais perdido —le contestó Rafael con ironía haciendo sonreír a los que estaban sentados.

A partir de ese momento disfrutaron de un excelente caldero sin entrar en otros detalles que tuvieran que ver con el trabajo. Fue Mernot, de nuevo, el que se atrevió a lanzar un brindis,

—Por el éxito de nuestro proyecto.

Levantaron sus copas y compartieron el deseo, cada uno a su manera. Después, el vino y la deliciosa comida condujeron a una distendida tertulia.

Sin que nadie hiciera el más mínimo gesto por querer terminar, dieron al tiempo alivio para extender la tertulia hasta quedarse solos. Bien atendidos, sumaron a los postres algunas copas y, únicamente cuando Mernot mirando el reloj creyó que había que concluir, lo hicieron.

—Amigos, algunos de los que aquí estamos tenemos otra cita y no conviene que hagamos esperar —dijo sin titubeos.

Al oírlo, tanto el director de Recursos Humanos, como el de Auditoría, quedaron boquiabiertos, pues no habían sido informados después de todo. El primero se atrevió a preguntar.

—¿Algunos de nosotros?

—Sí, pero tranquilo, vosotros podéis seguir, Rafael y Luis han de acompañarme.

¡Cómo les dolió!, ni les había dicho nada, ni, ahora, contaba con ellos. Callaron y se levantaron para despedirlos. Poco después se iban ellos también.

El lugar era cercano y hasta habían enviado un coche para recogerlos. Un breve recorrido les llevó al club náutico y los dejó justo enfrente del barco del señor Giró que a bordo los saludaba con cierta alegría.

—Vamos, subid, que hoy está el mar extraordinario para navegar.

El barco era de los que causan impacto. No medía menos de treinta metros y con una alzada que llegaría a la altura de dos pisos. Rafael y Luis lo veían por primera vez y, siendo de poca tradición marinera, intentaban hacerse con esas denominaciones de eslora, manga, puntal, eso sí, sin hacer comentarios. Mernot, por el contrario, se movía como «Pedro por su casa».

—¡Qué tal Manolo!, aquí te traigo a dos buenos amigos.

Accedieron por la plataforma de paso siguiendo a Mernot, se saludaron con educación y alguna confianza ya que se conocían y se dejaron conducir hacia una sala acristalada desde donde se veía perfectamente el exterior. Un camarero les ofreció unas copas y ellos se acomodaron en compañía de un anfitrión muy complacido.

El señor Giró dio instrucciones mientras tanto para hacerse a la mar y brindó con sus invitados por la grata reunión que había propiciado.

Allí reunidos en cordial ambiente, prestaban atención a la maniobra del barco, guiados por los comentarios de Giró que intentaba amenizar aquellos momentos con detalles que impresionan a los que no están acostumbrados a vivirlo.

—Observad el mar, se ha puesto a nuestra disposición para disfrutarlo. Es un día perfecto —decía.

El barco se deslizaba suavemente y se iba alejando del puerto lentamente sorteando los espacios que, perfectamente trazados, le servían para situarse en seguida siguiendo el espigón que conducía a mar abierto. Una vez allí, la inmensidad del mar les dedicó otros caminos y, para ese instante, el patrón daba la orden de marchar a velocidad de crucero.

Visiblemente impresionados, ni Rafael, ni Luis fueron capaces de expresar lo que les parecía. El tiempo que duró la maniobra les hizo olvidarse de los temas profesionales y, aun no estando seguros de cómo se iban a desenvolver, al menos, durante unos minutos, estuvieron gozando de lo que es la belleza de intimar con el mar a bordo de un barco enorme, repleto de comodidad.

Pero a ninguno causó sorpresa la intervención interesada de Mernot cuando ellos se deleitaban con el horizonte a través de los ventanales.

—Bueno, creo que ha llegado el momento de tratar temas de interés. ¿No te parece Manolo? —dijo, dirigiéndose a Giró.

Hasta a él le pareció precipitado, pero, siguiendo los roles de la buena educación, siempre lo conocieron así, supo afrontarlo con la debida delicadeza.

—Espero que estéis disfrutando de esta navegación. Siempre he encontrado en este espacio el ambiente adecuado para hablar con tranquilidad.

—Yo no estoy acostumbrado a tanta maravilla, pero puedo asegurarle que sí, que tanto el lugar, como sus atenciones, son propicios para ello. De manera que lo que se tenga que hablar, habrá acertado con el momento y yo creo que también con las personas —le respondió Rafael que, hasta ese instante, había intervenido someramente.

El sol caía perezoso y el agua estaba tan tranquila que el barco les llevaba, en un dulce balanceo, lejos del puerto. La costa ya se veía con dificultad. De todas formas, ellos no estaban allí para navegar sino para hablar de algunos temas que tendrían, sin ninguna duda, repercusión sobre sus vidas cotidianas.

—Sierra del Mar —soltó Mernot con la evidente intención de entrar en el tema sin demoras protocolarias.

Todos lo miraron pero ninguno se arredró. Aquél era el nombre del proyecto que habían tratado en la reunión. Para Rafael y Luis quedaba

definitivamente despejado el motivo que los había llevado. Rafael miró entonces a Giró esperando que continuara. Pero otra vez la precipitación de su amigo le obligaba a tomarse unos segundos antes de expresarlo con la suficiente seriedad.

—Por no faltar a la verdad he de confesarles mi interés personal por ese proyecto —hizo una pausa.

Rafael y Luis permanecían atentos a sus palabras mientras Mernot se mostraba hábilmente distraído.

—Pocas oportunidades de negocio he visto tan potencialmente fructíferas como la que se nos presenta en Sierra del Mar. Tenemos el lugar adecuado y la demanda suficiente como para no dudar de que podremos venderla sin dificultades. Para ello habrá que trabajar duro, pero sé que cuento con experiencia y relaciones. Me he permitido hablar con posibles compradores y me han demostrado mucho interés.

—¿Tiene usted propiedades en ese terreno? —preguntó Luis por llegar al fondo de la cuestión y alentado por la falta de reparos de Giró.

—No —contestó secamente ante una pregunta que no esperaba y que sabía calibrar desde el punto de vista de un profesional de las finanzas.

Pero Mernot, al que no se le escapaba el valor de aquella negativa, quiso defender el verdadero interés que para ellos representaba aquel ambicioso plan.

—¿Acaso unos hombres de negocio como nosotros no somos capaces de ver el potencial de un proyecto tan importante como éste?

—Estamos hablando de mucho dinero. Será difícil asumirlo en su totalidad —dijo Rafael.

—Bueno, eso ya lo veremos —contestó Mernot. Lo principal es que concedamos gran parte de la operación a Manolo Giró, que nadie como él para construir lo que allí se propone con la necesaria calidad. Además, de su amistad con el alcalde y otros cargos relevantes, sacaremos provecho.

A Luis no le gustaba aquel hombre, pero oírlo hablar con ese descaro le arrebató de tal manera que se tuvo que morder la lengua solo por respeto a Rafael.

—En esta operación vamos todos a ganar —se cruzó entonces Giró—; el pastel es muy grande. Si a mí me corresponde un trozo, estoy dispuesto a compartirlo con ustedes personalmente.

La propuesta quedaba hecha y, siendo conscientes de ello, Rafael y Luis sabían que no podían echarse atrás. Iba en ello su futuro y todo lo que concernía. Por eso, tocándole responder a Rafael, le miraron con mayor o menor discreción.

—Está bien, lo estudiaremos con detalle y haremos lo posible porque así sea. Debemos cuidar los procedimientos y no saltármolos —contestó por fin sin querer comprometerse abiertamente y concediendo las necesarias expectativas.

—Bien, brindemos por el éxito —habló Mernot levantando su copa y dirigiendo una sonrisa de satisfacción a Giró.

—Y ahora, salgamos a proa y disfrutemos del atardecer sintiendo la brisa en la cara —les invitó para dar el colofón adecuado.

Salieron tras él y permanecieron de pie en medio de una bancada que se mostraba perfectamente instalada en la parte delantera del barco. Un viento con aroma de mar les llegaba con alegría mientras los cuatro parecían deleitarse con gran satisfacción. Hubo un momento en el que Giró se dirigió a Luis,—Quisiera que me diera su teléfono si no le importa.

Le sorprendió un poco pero, por supuesto, lo aceptó con agrado.

—Claro que sí —le contestó echando mano de la cartera en el interior de su chaqueta.

Fue en ese momento que una ola inesperada golpeó el barco haciendo que se trastabillara y dando con su cartera en el agua, había caído por la borda.